

otra cosa que á su Maestro amado. Le acompañó sobre el Calvario, le vió crucifijar, estaba al pié de la cruz cuando el divino ajusticiado legó su madre á la humanidad, personificada en San Juan. Ella le vió morir: mientras que el pueblo estaba contemplando con ojo indiferente á toda la naturaleza conmovida y agitada al último grito de su autor; mientras que el centurion, escuchando la voz de la conciencia, se golpeaba el pecho reconociendo á su Dios, Magdalena y las santas mujeres, detenidas á cierta distancia por los soldados y por los verdugos, seguian con su mirada toda aquella lúgubre escena, y no dejaron el Calvario, hasta que el cuerpo del Salvador fué descendido de la cruz. Es tradicion tan antigua como respetable, que regocijó con la mayor veneracion una porcion de tierra empapada en la sangre del Salvador, y aun se añade, que tan precioso tesoro se guarda en una redoma que hoy se conserva y se adora en San Maximiano de Provenza.

Pero el amor de Magdalena no quedó satisfecho con verle espirar: si hubiese sido ménos inflamado y generoso, hubiera sido mas apático, y se hubiera contentado con llorarle desde la soledad de su retiro. Pero no, no limitó su amorosa actividad á las pruebas de un estéril llanto. No se separó de la cruz, y llegado el momento de poner á Jesus en el sepulcro, Magdalena estaba presente, y se quedó con las demas mujeres, sentada junto á la tumba. Quisieron ellas saber el lugar donde se depositaban aquellos restos tan queridos, y de qué manera se inhumaban, pues su proyecto era embalsamarlos de nuevo. En efecto, apénas estuvieron de vuelta á la ciudad, prepararon aromas y perfumes. Mas como iba á entrar el sábadó, y en aquel dia no se permitia á los judíos ningun género de trabajo, se abstuvieron de hacerlo, segun prescribia la ley.

Pasado ya el tiempo del descanso religioso, María Magdalena, á quien ni la cruz ni la muerte habian podido separar de Jesucristo, y las santas mujeres que la acompañaban, compraron preciosos aromas para embalsamar el cuerpo de Jesus. Esto era el sábadó por la tarde, despues de puesto el sol, tan pronto como fué per-

mitido volver al trabajo, y lo dispusieron todo para la mañana siguiente. En efecto, llegado el primer dia de la semana, y apénas éste despuntaba, partieron todas de Jerusalem para ir al sepulcro que estaba fuera de la ciudad, en la parte inferior de la montaña del Calvario. ¿Cómo no detenia á Magdalena y á sus compañeras la numerosa guardia que habia puesto la recelosa inquietud de los enemigos de Jesus para custodiar su sepulcro, la dificultad ó casi la imposibilidad de remover la enorme piedra que le cubria, y que apénas podian mover muchos hombres juntos, y el romper el sello de la autoridad pública con que para mayor seguridad se habia sellado la tumba del que murió en la cruz? Pero el amor no conoce estorbos, ni aun piensa en los obstáculos, y cuenta por vencerlo todo con una fuerza irresistible. Nada arredró á Magdalena ni fué bastante para detenerla un momento. Su corazón adivinó que el poder de Dios lo vencería todo, y un corazón tan amante no se engaña. Un poco ántes de su llegada, la tierra habia temblado en torno del sepulcro, y un ángel descendido del cielo, despues de haber removido la enorme piedra que estaba en la embocadura del fúnebre monumento escavado en roca viva, sentóse sobre ella; su faz resplandecia como el relámpago, y su vestido era candente como el ampo de la nieve. Al aspecto del celeste paraninfo, los guardias, sobrecojidos, aterrados, quedaron inmóviles y como muertos de pavor.

Entretanto, acercábanse las mujeres, diciendo entre sí: «¿Quién nos levantará la piedra puesta á la entrada del sepulcro?» Pero al llegar, advierten luego que aquella grande piedra se habia ya quitado. Entraron en la cueva ó cavidad en donde estaba el sepulcro, y al ver un jóven, sentado á la derecha de la gruta y vestido de blanco, se asustaron. «No temais les dijo el desconocido, ya sé que buscáis á Jesus de Nazareth, á quien crucificaron, pero no está aquí, pues ha resucitado como ya dijo: venid y ved el lugar en donde estuvo colocado. Apresuraos, y decid á sus discípulos y á Pedro, que ha resucitado de entre los muertos, y que os precederá en Galilea.» A estas palabras penetraron algo mas en la caver-

na, y mirando el sepulcro no vieron al cuerpo del Señor. Constatéronse en gran manera, y al salir se les aparecieron dos hombres vestidos de luz y de resplandor. Bajaron hácia á la tierra su tímida mirada; y aquellos ángeles, ocultos bajo dos formas humanas, dijeron: «¿Cómo buscáis entre los muertos al que está ya vivo? No está en este lugar, pues que ha resucitado. Acordaos de qué manera os habló cuando estaba aún en Galilea, pues os decía: Es menester que el Hijo del Hombre sea entregado en las manos de los pecadores, que sea crucificado y que resucite al tercer día.» Todas las palabras pronunciadas por Jesucristo relativas á su muerte y á su resurreccion les vinieron en efecto á la memoria, pero sin inspirarles aun una entera fé al prodigio que se acababa de cumplir.

Las santas mujeres dejaron, pues, el sepulcro: y como estaban turbadas é inquietas, caminaban con grande velocidad. Pero no dejaba de mezclarse á su pavor una cierta alegría. Nada dijeron de lo que habian visto y oido á las personas que encontraron en el camino; pero luego de llegadas á Jerusalem, dieron parte de aquellas extrañas maravillas á los apóstoles y á todos los discípulos. Estas mujeres eran María Magdalena, Juana, mujer del intendente de Heródes el tetrarca, María, madre de Jayme el menor, y las otras galileas que habian seguido al Señor. Magdalena fué la que corrió á avisar á San Pedro y al discípulo amado de Jesus, y aun no parece que estuviese ella persuadida de la resurreccion, á pesar del testimonio de los ángeles que vió en el sepulcro, pues dice á los apóstoles: «Han robado al Señor del sepulcro, y no sabemos en dónde lo han puesto.» Ni los apóstoles dieron crédito á estos relatos, que trataban de sueños ó ilusiones.

Sin embargo, como si su incredulidad hubiera ya vacilado algun tanto, Pedro y Juan quisieron ver por sus propios ojos lo que podía haber de verdad en la re'acion de las mujeres. Apresuráronse, pues, á pasar al sepulcro, corriendo uno y otro, pero como Juan era mas jóven, adelantó á su compañero y llegó ántes que él. No hizo mas que bajar á la entrada de la cueva para examinar, y vió

la sábana ó mortaja, desplegada y tendida por el suelo. Sobre vino Pedro á su vez, penetró á la gruta y vió las fajas con que se habia envuelto el cuerpo, y el sudario que habia cubierto la cabeza del Señor. Solo entónces creyeron los dos discípulos á la palabra de las santas mujeres, pues hasta entónces no comprendian todavía que Jesucristo debiese de resucitar de entre los muertos.

María Magdalena, en su tierna afeccion por el Salvador, después de haber anunciado á los apóstoles lo que ella habia visto, volvió de Jerusalem al sepulcro, para descubrir en fin lo que habia en realidad y en donde paraba el cuerpo de su Maestro querido. Al llegar, hizo sus investigaciones con una tristeza llena de inquietud, permaneciendo fuera de la cueva, á donde entraba de tiempo en tiempo, con la esperanza de satisfacer su corazon contra el testimonio mismo de sus ojos. Por fin, habiéndose inclinado de nuevo para mirar en el sepulcro, y no sabiendo ya qué hacerse en su amoroso desasociado, no tardó el Salvador en premiar su generosa ánsia, pues vió dos ángeles vestidos de blanco, y sentados en el lugar donde habia ántes el cuerpo de Jesus, el uno en la cabeza y el otro en los piés. «Mujer, le dijeron, ¿por qué lloras?»—«Lloro porque han llevado de aquí el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde le han puesto.» A estas palabras volvióse para salir de la gruta, y vió á Jesus en pié, pero sin saber que fuese Él mismo. «Mujer, le dijo, ¿por qué lloras, y qué es lo que buscas?» Como el sepulcro estaba en un huerto, creyó Magdalena hablar con el hortelano, y le respondió: «Señor, si os lo llevásteis, decidme dónde lo pusisteis, que yo me lo llevaré.» ¿No era muy justo que el Señor recompensara tan constante, sincera é intrépida adhesion, apareciéndose á esta mujer, ántes aún de aparecerse á sus apóstoles, consolándola con una muestra especial de bondad?

Así, pues, Jesus creyó no deber afljirla con mas dilaciones, y la llamó por su nombre, como habia acostumbrado hacerlo ántes de su muerte. «¡María!» le dijo, y reconociendo ella por aquella voz tan amada que era el mismo Jesus, exclamó fuera de sí: «¡Ah Maestro mio!» y queriendo aproximarse tal vez para asegurarse de

que era una realidad lo que afectaba sus ojos, y no una ilusión de su ternura, y queriendo arrojarse á sus piés para abrazarlos, detúvola el Señor diciendo: «No me toqueis, pues no he subido todavía á mi Padre. Id á encontrar á mis hermanos, y decidles que yo voy á subir hácia mi Padre y mi Dios, que es tambien su Padre y su Dios.» Tal vez quizo darle tambien á entender, que ya era tiempo de que, elevándose sobre los sentidos materiales, le contemplase con los ojos de la fé, considerándole como si estuviese ya sentado junto al resplandor de su Padre. Púedese tambien creer, sin temor de equivocarse, que desde luego se hizo tambien visible á su santa Madre para consolarla del exceso de su dolor; pero las Escrituras no lo dan á entender explícitamente, y la primera manifestacion del Salvador, de la cual se habla en el sagrado texto, es la que se hizo á María Magdalena: favor singular y señal de tiernísima caridad, por el que Jesus se dignó recompensar el corazon de aquella piadosa mujer, cuyo nombre habia ya immortalizado, consignándolo al eterno recuerdo de los cristianos, y prometiéndole que recorrería toda la tierra, llevado en algun modo en alas del Evangelio.

Cuando María Magdalena se apartó del sepulcro para ir al encuentro de los apóstoles y decirles que ella habia visto al Salvador, aparecióse éste igualmente á las demas mujeres de Galilea, que venian asimismo en busca de su cuerpo. Presentóseles de repente, y las saludó deseándoles la paz. Entónces se arrojaron ellas á sus piés, los besaron y adoraron. «No temais, les dijo Jesus, id á participar á mis hermanos que pasen á Galilea, y allí me verán.» María Magdalena diligente como el amor, llena de gozo y de esperanza, fué á encontrar á los discípulos que estaban aún sumergidos en la tristeza y en el llanto. Y rebozando júbilo y consuelo en su vista y en sus ademanes, les dijo con una voz casi trémula de placer y de sorpresa: «He visto al Señor.» Y refirió lo que le habia sucedido. Vinieron despues las demas mujeres, y confirmaron el relato de Magdalena. Pero los apóstoles nada quisieron creer de lo que se les decia, hasta el momento

en que por la tarde del mismo dia, Jesus se les apareció en persona, y dispó todas sus dudas é incertidumbres. Porque convenia que este grandioso acontecimiento, fundamental en el cristianismo, fuese investido, como lo es realmente, de testimonios tales que solo cediesen á la mas brillante luz de la evidencia, y de pruebas auténticas é irresistibles; por manera que la indocilidad de los apóstoles, sus dilaciones y su resistencia en creer, son una de las mas sensibles garantías de nuestra fé en la resurreccion del Salvador.

Esta circunstancia merece que nos detengamos en ella un momento, á lo ménos por la parte que tuvo María Magdalena en atestiguar el glorioso levantamiento de Jesus de la region de la muerte. Debemos á la ilustre penitente de Mágdalo una gran parte de la autenticidad con que refleja sobre los siglos la resurreccion del Señor. El amor de esta constante discípula de Jesus, á pesar de ser activo, férvido, arrebatado, no fué crédulo ni precipitado en dar asenso al gran prodigio; y ni aun la elocuencia de su conviccion, cuando ésta fué inevitable, bastó para someter los ánimos de los discípulos de Jesus.

Entremos ya en el pormenor de lo que escriben los apóstoles, y vamos á ver si encontraremos en ellos pruebas de una credulidad precipitada. Parece por su relacion misma que casi llegaban á desesperar de la resurreccion de Jesucristo; que el escándalo de la cruz habia desvanecido del todo la poca esperanza que en aquella tenian, y que se les habia ya olvidado el habérsela predicho Él mismo, cuando dejó la Galilea para venir á Jerusalem.

Las santas mujeres que vinieron al sepulcro no tenian otra idea que la de embalsamar de nuevo el cuerpo de Jesucristo, y tributarle los últimos deberes que no habian podido verificar por ser el dia del sábado: y como no le encontrasen, creyeron que habia sido robado. Magdalena corrió conmovida á participarlo á Pedro y á Juan que habian acudido, y no viendo éstos mas que las sábanas y el sudario, les ocurrió el mismo pensamiento; pues, como refleire uno de ellos, ignoraban la Escritura y el misterio de la resurreccion. Tanto abundaba Magdalena en esta idea, que aun cuando

los dos ángeles le preguntaron el motivo de su llanto, les respondió que lloraba porque habian robado á su Señor y no sabia en dónde le habian puesto. Y un momento despues, viendo á Jesucristo sin conocerle, que le hacia la misma pregunta que los ángeles, respondióle ella sin atender á sus palabras: «Si vos le habeis sacado de allí, decidme dónde le habeis puesto, que yo iré á buscarle.

He aquí, pues, qué ideas ocupaban el pensamiento de Magdalena, cuando Jesucristo se le descubrió claramente, llamándola por su nombre con el metal de voz que no podia ella desconocer. Ved ahí tambien lo que discurrían las otras mujeres ántes que los ángeles les hubiesen desengañado, y que ellas tuviesen la dicha de abrazar los piés de Jesucristo. Y ved ahí por último lo que los apóstoles se obstinaron en creer á pesar de todo lo que pudieron decirles Magdalena y las santas mujeres.

¿Y tales prevenciones podrá decirse que fuesen una preparacion para la seducción? ¿Estaban tales personas dispuestas á creer sin exámen? ¿Tenian acaso llenos el pensamiento y la imaginacion de una vana esperanza que se figurase todo cuanto podia lisonjearla, y que diese una falsa realidad á las mas ligeras apariencias? ¿No es, ántes bien, muy de admirar que el sepulcro abierto, las envolturas que habian quedado, la aparicion de los ángeles, no recordasen á Magdalena la prediccion hecha por Jesucristo de su resurreccion, pocos dias ántes de su muerte, en términos tan claros y precisos, y que los apóstoles en semejantes circunstancias, de que fueron ellos mismos testigos, no se viesen forzados á recordarla?

De esta primera observacion pasemos á otra, y véamos qué impresion produjo en los once apóstoles y en algunos otros discípulos la tan circunstanciada relacion de lo que habia visto Magdalena en particular, y de lo que habian visto separadamente las otras mujeres, lo que les habian dicho los ángeles, y lo que decían ellas haber oido del mismo Jesucristo. Todo esto lo graduaron ellos de sueño, de pura quimera, de una exaltacion de fantasía, sin hacer de ello el menor caso. ¿Y por qué? ¿Será quizá porque este hecho no les tocase muy de cer, estando, como estaban, inconsolables por la

muerte de su Maestro, de quien todo debían esperarlo, siendo verdad que hubiese resucitado, y quedaban completamente engañados siendo mentira su resurreccion? ¿Eran acaso indignas de ser creídas bajo su palabra las mujeres que lo aseguraban, las cuales todo lo habian abandonado por Jesucristo, que le habian seguido hasta la cruz cuando le hubieron desamparado los demás discípulos, y que habian tenido valor para ir al sepulcro cuando creían que todavía estaban allí las guardias? Una de ellas era María, madre de Jaime y de los dos otros apóstoles, y tanto ésta como Juana, mujer del intendente de Heródes, y Magdalena, merecian por cierto una particular deferencia. Lo que ellas decían haber visto y oído tenia tan poca apariencia de ficcion, que ni aun era posible fingirlo, y era muy poco razonable el no entrar siquiera á examinarlo.

Sin embargo, todo lo despreciaron como vano y frívolo; y en aquel mismo dia, dos discípulos, uno de los cuales se llamaba Cleofas, se separaron de los demás para volver probablemente á su profesion, perdida ya toda esperanza, aunque conservasen por esto veneracion á Jesucristo, el cual se juntó con ellos en el camino, pero sin darse á conocer, y que con sus preguntas les obligó á descubrir sus pensamientos. Es en extremo importante para nosotros el oír lo que dicen sin perder una sola palabra. «Jesus de Nazaret (así se explican) ha sido un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y delante de todos los pueblos. Mas los príncipes de los senadores y nuestros sacerdotes le entregaron al gobernador para ser condenado á muerte, y ellos le han crucificado. Sin embargo, nosotros esperábamos que Él seria quien rescatare á Israel, y sin embargo, nos hallamos ya al tercer dia de estos sucesos. Verdad es que algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han llenado de admiracion, pues habiendo ido muy demañana á su sepulcro, y no encontrando su cuerpo, han vuelto diciendo que unos ángeles les han asegurado que está vivo. Y algunos de los nuestros que han ido al sepulcro han encontrado lo mismo que les habian referido las mujeres; pero á Él nadie le ha encontrado.»

Uniendo todo cuanto dicen estos discípulos en su relacion, ¿no parece que sentimos contra ellos una secreta inquietud, por no haber sacado consecuencia alguna de unos hechos los mas ciertos, y tan fáciles de averiguar? Estamos aún en el tercer dia: desde la mañana está abierto el sepulcro, y no han quedado sino los lienzos. Unas mujeres, nada sospechosas por su virtud y sinceridad, dicen haber visto ángeles que les han asegurado la resurreccion de Jesucristo que Él mismo habia predicho. ¿De una parte le veneran como á un gran profeta, y de otra no le erreen ni á Él ni á los ángeles, ni á las personas á quienes los ángeles han hablado? ¿Es posible llevar á mas alto punto, no digo la indolencia, sino hasta la incredulidad? Los mismos que tienen hoy la desgracia de dudar de la resurreccion de Jesucristo, ¿hubieran sido capaces de una estupidez tan fuera de razon, si se hubiesen hallado en tales circunstancias? ¿No hubieran tenido mas ansia y diligencia para averiguar una verdad de tan graves consecuencias?

Supongan, pues, por un momento los que dudan, que á ellos mismos refieren las santas mujeres lo que han visto y oído, y decidan ellos mismos si hubieran hecho tan poco caso como los apóstoles. «Consternadas nosotras, les dicen las santas mujeres, por la idea de que el cuerpo de Jesucristo habia sido robado, dos ángeles vestidos de blanco se nos han aparecido en el mismo lugar en donde habia estado su cuerpo, uno á la cabeza, otro á los piés, y nos han dicho: ¿Por qué entre los muertos buscáis al que está vivo? «Ha resucitado, no está aquí. Acordaos de qué manera os habló cuando estaba aún en Galilea. Es preciso, decia, que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores, que sea crucificado, y que resucite al tercer dia. Y realmente nos hemos acordado de estas palabras. Y añadieron los ángeles: Venid á ver el lugar en donde se habia puesto al Señor, y corred á decir á sus discípulos y á Pedro, que ha resucitado, que estará en Galilea ántes que vosotros, y que allí le vereis. Al momento, llenas de gozo, salimos del lugar del sepulcro para venir á anunciaros este prodigio. Y ya por el camino el mismo Señor se nos ha presen-

tado dándonos el saludo. Nos hemos acercado á Él, y abrazándolo de los piés, le hemos adorado.»

¿Qué hay que pensar de esta relacion, tan sensata, tan formal, tan interesante? ¿En qué lugar de ella se percibe el menor asomo de locura ó de ilusion? ¿Cómo esas mujeres se acuerdan en este momento de la manera con que Jesucristo habia predicho su crucifixion y su resurreccion, cuando ellas no buscaban sino como hallar algun consuelo en su muerte, derramando sobre Él preciosos perfumes? ¿Cómo tan súbitamente han pasado de un exceso de dolor á un trasporte de alegría? ¿Cómo adivinan que el Señor se hará visible á sus discípulos en Galilea, si nada de esto les han dicho los ángeles? Cierito estoy que aun aquellos cuya fé es mas vacilante, hallarian en esto motivos poderosos de reflexiones profundas: á lo ménos es innegable que no acusarian á los apóstoles, que lo trataron de pura quimera, de haber creído con demasiada ligereza.

Mas atiendan estos hombres, á quienes tanto cuesta el creer, lo que tiene que decirles Magdalena en particular. «La aparicion de los ángeles y sus palabras, tan capaces de consolar, no habian podido aun enjugar mis lágrimas. Derramábales todavía cuando ví á Jesus delante de mí, sin saber que fuese Él, y entónces me dijo: Mujer, ¿por qué lloras? Yo le respondí pensando que era el jardinero: Señor, si vos le habeis quitado, decidme dónde de habeis puesto, que yo me lo llevaré. Despues me retiraba, cuando Jesus me llamó por mi propio nombre de María, y habiéndole reconocido á su voz, me volví hácia Él presurosa, diciéndole: ¡Ah, Maestro mio! Mi intento era echarme á sus piés y abrazármelos; por Él me dijo: No me toques, pues aun no he subido á mi Padre. Vé á encontrar á mis hermanos, y diles que yo subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.»

Decidme ahora, ¿qué circunstancia de éstas puede ser efecto de una imaginacion exaltada, que figura lo que espera, y que transforma sus visiones en realidad? Magdalena Hora, y cuando está mas hondamente en su dolor, se oye nombrar, y percibe un metal

de voz que lleva consigo la persuasión, y le causa el sentimiento mas vivo. Pero su alegría se suspende por algunos momentos, pues la razón está aún oscura, y realmente el hecho estaba naturalmente distante de toda conjetura. Y ménos posible era poner en boca de Jesucristo palabras de que todavía no se ha servido: Vé á decir á mis hermanos (expresión nueva, pero pronunciada en el salmo 21) que yo subo á mi Padre, que es vuestro Padre, y á mi Dios, que es vuestro Dios: expresión mas nueva aún, y mas inaudita, pero que marca la completa reconciliación de los hombres con Dios por los méritos del Mediador, que ha unido en una misma persona el Hijo de Dios y el Hijo del hombre.

Los apóstoles, que no se conmovieron por tantas cosas juntas, tan capaces de persuadir, ó á lo ménos de excitar y despertar su actividad y diligencia, son un portento de incredulidad y de insensibilidad. Por lo cual, la sospecha mas mal fundada y mas opuesta á sus disposiciones, sería el atribuirles una facilidad excesiva en creerlo todo, sin primero examinarlo.

Después de aquel instante de la aparición, ya no se encuentra mas en el Evangelio la menor traza de Santa Magdalena. Es probable con todo, que ella pasó desde luego á Galilea, en donde Jesús debía manifestarse á sus discípulos, y que no dejó perder ninguna ocasión de ver y de oír á su divino Maestro. Es cierto, además, que las mujeres galileas y los discípulos se reunieron en una montaña, cuya situación se ignora, en donde Jesús había prometido que vendría en medio de ellos, de cuyo número fué seguramente María Magdalena. Mas de quinientos discípulos se habían reunido para ofrecer sus homenajes al Hijo de Dios resucitado. Siguiéronle en Judea algunos días después, y Magdalena era sin duda entre sus filas, cuando, desde la montaña de los Olivos, después de haber extendido sus manos sobre sus discípulos para bendecirlos, Jesús se separó de ellos y se elevó al cielo, envuelto en una nube resplandeciente. Ella recojió asimismo las palabras pronunciadas en aquella hora suprema por dos ángeles que dijeron á la admirada y atónita multitud: «Hombres de Galilea, ¿por qué

estais aún mirando el cielo? ¿qué esperais? Este Jesús que acaba de subir allí y que os ha dejado, descenderá algún día del mismo modo que le habis visto levantar.»

Según general opinión de los antiguos, después del descenso del Espíritu Santo y de la dispersión de los apóstoles, María Magdalena dejó Jerusalem y la Palestina, que ya ningún atractivo tenían á sus ojos desde que el mismo Salvador había abandonado aquellos lugares. Muchos han creído que, en la primera persecución suscitada contra los discípulos de la cruz, pasó á Efeso, en el Asia menor, para permanecer allí con la Santa Virgen, que había seguido á San Juan el Evangelista, su hijo adoptivo, después de la muerte de Jesucristo. Añádese que tampoco dejó á San Juan, ni aun después de la Virgen María, y que finió su vida apostólica por un glorioso martirio; y refiere Gregorio de Tours que esta misma tradición era recibida de su tiempo en las Galias.

Por lo demás, es seguro que el culto de Santa Magdalena es antiguo y célebre en Oriente. Los elogios que le disciernen los autores griegos corresponden á los honores religiosos que se tributan á su memoria: es llamada igual á los apóstoles, la primera y la conductora de las mujeres que seguían al Señor, gozando entre ellas de la misma categoría de que gozaba San Pedro con respecto á los hombres.

El nombre y culto de la ilustre santa ha llenado también las iglesias de Occidente. La iglesia de Vezelay en Borgoña, durante mucho tiempo, pretendió estar en posesión de los despojos mortales de Santa Magdalena que le habían sido traídos de Jerusalem. Es una verdad que esta iglesia en el siglo XI tenía reliquias, que se miraban generalmente como las de Santa Magdalena. En el siglo XIII se colocaron en una preciosa urna de plata, en medio de una pomposa solemnidad, á la cual asistieron, entre otros eminentes personajes, San Luis, rey de Francia, y el legado del papa, Simon de Brie.

Pero tanto, la opinión de la muerte de Santa Magdalena en Efeso, como de la existencia de sus restos en Vezelay, son en el día

generalmente abandonadas. La tradicion que hace á María Magdalena en la Provenza con Marta y Lázaro, es mucho mas fundada en razones graves, y sostenida por autoridades mas imponentes. Según esta tradicion, de resultas de la persecucion suscitada por los judíos contra los que habian sido mas adictos á Jesucristo, tuvieron que embarcarse los tres hermanos con algunos otros, en una nave desmantelada, que caminando á merced de las olas del Mediterráneo, entró por fin en el puerto de Marsella, en donde anunciaron ya la fé de Jesucristo, que Santa Magdalena predicaba junto al gran templo de Diana, en cuyo sitio se vé aún una antiquísima capilla dedicada en honor suyo. Según la misma tradicion, Lázaro fué obispo de Marsella, en donde murió; Marta llevó á Tarascon la luz del Evangelio, y Magdalena se retiró á una caverna, que ha venido á ser muy célebre bajo el nombre del Santo Bálsamo. Allí, en aquel hondo desierto, es donde finió sus dias en las prácticas de la mas austera penitencia, exhalando ardientes suspiros hácia el cielo, en donde la esperaba el Señor, á quien tanto amó ella en la tierra.

Las reliquias de la santa estuvieron ocultas en el siglo VIII, para librarlas de las sacrílegas profanaciones de los sarracenos, que desolaban el Mediodía de la Francia. Despues de varias investigaciones, fueron descubiertas al fin, en el siglo XIII, en el lugar de San Maximino. Carlos II, rey de Sicilia, las hizo ricamente encajonar, y las confió á un convento de Dominicos que en aquel lugar edificó.

La fiesta de la Magdalena, fijada en 22 de Julio, era en otro tiempo celebrada con gran solemnidad en todas las iglesias de Occidente. En Francia, en Alemania, en Inglaterra se honraba aquel dia como un domingo, con la cesacion de todo trabajo y negocio. La España y la Italia han conservado por mas largo tiempo todas las muestras de su religiosa veneracion á tan santa é ilustrada matrona.

Al pié de la cruz, cuando el Cristo espiraba, entregado á los insultos y á la irrisión de sus verdugos, dos mujeres se distinguian

entre todas en la amargura de su dolor. La una santificada por la pureza, la otra purificada por la expiacion. ¡María, reina de las vírgenes, y Magdalena, reina de las arrepentidas!

Venidas del extremo opuesto de la escala moral, habian recorrido sendas muy diversas ántes de llagar al pié de aquella cruz en donde ahora, penetradas de los mismos dolores, bañadas en las mismas lágrimas, reunidas por el mismo amor, símbolo de inocencia y símbolo de penitencia, se cobijan bajo la mirada moribunda del Salvador, y nos parecen en aquel momento supremo en que todo se habia cumplido, como el tipo futuro de las mujeres cristianas.

Con María se revela al mundo la virginidad en su parte mas sublime y misteriosa; con Magdalena el amor, amor del alma, purificante, infinito, nacido de la rehabilitacion de la mujer, de aquella dignidad desconocida que ella encuentra junto al Señor, y del perdon que recibe de sus lábios. La antigüedad divinizaba la pasion material; el cristianismo engendra la ternura del corazon, cuyo origen y término están en Dios. María se halla al lado de Magdalena en el momento del sacrificio: el amor y el dolor las unen con doble y estrecho lazo.

El sentimiento unánime de los pueblos, designando bajo el nombre de María Magdalena, aquella mujer pecadora, arrepentida y perdonada, los ha movido á escojerla por patrona de las mujeres arrepentidas, y esto nos parece una perfecta inteligencia del espíritu del cristianismo. Pues donde quiera hallamos exprimido en el Evangelio este pensamiento de falta y de perdon, de pérdida y de alegre hallazgo, y se reproduce bajo mil diversas formas. Aquí es el hijo pródigo que el padre de familia acoje con felicidad, y por el cual celebra un festin; allá es la dracma perdida, cuya posesora barre con cuidado su casa, y habiéndola encontrado, reúne á sus vecinas y con ellas se regocija. No en vano el Señor ponderó la alegría del cielo por la conversion del pecador. La nueva ley no es otra cosa que la rehabilitacion de la humanidad. Magdalena es, á nuestro modo de ver, la oveja extraviada que el pastor llama con solicitud, y que toma gozoso sobre

sus hombros para devolverla al redil, en el cual se le hace mas preciosa que todo el resto de su rebaño. Sentimos un dulce consuelo, cuando la mas amada entre las mujeres que seguian á Jesus, aquella á quien algunos padres han mirado como su primera discípula, se nos presenta bajo la apariencia de una *penitente*. Mientras que las vírgenes puras siguen las trazas de María, nos placemos en ver á Magdalena tender una mano protectora á las que se han descarriado, y mostrarles la via que conduce á la salud. Inocencia y penitencia, ¿no es esta toda la historia del corazon? ¿Y cualquiera que busca junto á la cruz proteccion y refugio puede rechazar de allí á la mujer pecadora? ¿no conoce, ántes al contrario, cuán poderoso y tierno es su ejemplo, cuán dulce y consoladora es su imágen para aquellas que, desde el fondo del abismo á donde las precipitaron sus faltas, la contemplan santamente recogida á los piés del Señor, rociándoles con perfumes y lágrimas, y recibiendo de sus indulgentes lábios las palabras de vida? Ved ahí por qué nosotros saludamos tambien á Magdalena, como reina de las arrepentidas; ved ahí por qué se acojen bajo su nombre benéfico aquellas que despues de haberse cobijado bajo las álas de esperanza de María, Madre de Dios, se sepultan para el mundo en el fondo de un cláustro, asidas tambien al pié de la cruz, con la imágen de la santa arrepentida, y cubiertas con un mismo manto. Nuestra patria, la religiosa Barcelona, goza tambien de estos institutos heróicos de caridad, en los cuales las lágrimas del arrepentimiento se convierten en perlas preciosas de amor puro y de justificacion. María, la reina misma de las vírgenes, las acoge ántes bajo su manto, cuando la gracia las ha arrancado de los brazos del crimen y la esperanza se convierte despues en amor. Hijas ya de la penitencia, y gratas á los ojos de Dios, pueden, si quieren, ofrecer el sacrificio perpétuo de sí mismas, y entonar, como si fuesen un coro de vírgenes, las alabanzas del cielo. Entónces la ilustre compañera de María presenta á Jesus los amorosos suspiros de sus almas purificadas, y dan á la tierra y al cielo uno de

aquellos dias de júbilo que aparecen como uno de los triunfos mas brillantes de la redencion.

Las lágrimas y el amor de Magdalena, no han podido ménos que inspirar al génio del poeta y del artista. Las *noches de Santa Magdalena*, los *Sentimientos de una alma convertida á Dios*, y otras producciones de piadosa ternura, son un eco armonioso y saludable de los magníficos sollozos del rey profeta, cuando regaba su lecho dia y noche con el llanto de su corazon.

El cisne mas dulce de nuestro Parnaso, Fr. Luis de Leon, dirigiéndose á una señora, á quien llama Elisa, pasada la mocedad, segun se lee en el MS. del Sr. Jovellanos, describe hermosamente la penitencia de Magdalena en estas estrofas.

¿Qué tienes del pasado
tiempo sino dolor? ¿cuál es el fruto,
que tu labor te ha dado,
sino es tristeza y luto-
y el alma hecha sierva al vicio bruto?

¿Qué fé te guarda el vano,
por quien tú no guardaste la debida
á tu bien soberano?

¿por quién mal proveida
perdiste de tu seno la querida

Prenda; por quién velaste,
por quién ardiste en celos, por quién una
el cielo fatigaste

con gemido importuno,
por quién nunca tuviste acuerdo alguno

De tí misma? Y agora
rico de tus despojos mas ligero,
que el ave huye, y adora
á Lida el lisonjero,

tú quedas entregada al dolor fiero.

¡Oh cuánto mejor fuera

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

el don de la hermosura que del cielo
te vino, á cuyo era
habello dado en velo
de santidad, ageno al polvo, al suelo!

Mas ahora no hay tardia,
tanto nos es el cielo piadoso
en cuanto dura el dia;
el pecho hervoroso
en breve del dolor saca reposo.

Que la gentil señora
de Mágdalo, bien que perdidamente
dañada, en breve hora
con el amor ferviente
las llagas apagó del fuego ardiente.

Las llamas del malvado
amor con otro amor mas encendido:
y consiguió el estado,
que no fué concedido
al huésped arrogante en bien fingido.

De amor guiada, y pena,
penetra el techo extraño, y atrevida
ofrécese á la agena
presencia, y sábia olvida
el ojo mofador, busca la vida.

Y toda derrocada,
á los divinos piés que la traían,
lo que la en sí fiada
gente olvidado habian,
sus manos, boca y ojos lo hacian.

Lavaba larga en lloro
al que su torpe mal lavando estaba;
limpiaba con el oro,
que la cabeza ornaba
á la limpieza, y paz á su paz daba.

Decia: solo amparo
de la miseria, extrema medicina
de mi salud, reparo
de tanto mal, inclina
á aqueste cieno tu piedad divina.

¡Ay! ¿qué podrá ofrecerte
quien todo lo perdió? Aquestas manos
osadas de ofenderte,
aquestos ojos vanos
te ofrezco, y estos lábios tan profanos.

Lo que sudó en tu ofensa,
trabajo en tu servicio y de mis males
proceda mi defensa;
mis ojos dos mortales
fraguas, dos fuentes sean manantiales.

Bañen tus piés mis ojos,
límpienlos mis cabellos de tormento,
mi boca, y red de enojos,
les dé besos sin cuento
y lo que me condena le presento.

Preséntate un sujeto
tan malamente herido, cual conviene
dó un médico perfecto
de cuanto saber tiene
demuestra, que por siglos mil resuena.

El sublime Klopstock, en el canto IV de la *Mesiada*, introduce á Magdalena como otra de las que fueron en busca de Jesus ántes de su última celebracion del Cordero Pascual, y en el canto XIX pone en sus manos un arpa de gloria para celebrar, entre otros escojidos, el triunfo de la resurreccion del Hijo de Dios. Son célebres en la edad media las leyendas sobre Marta y Magdalena, á las que dá realce un interesante colorido de frescura y de candidez.

Casi todos los artistas se han dejado inspirar por el nombre de

Magdalena. Muchos han hecho de ella una mujer vulgar, de una belleza correcta, pero sin expresion de piedad, una penitente que llora sin arrepentirse, y que se angustia desolada, pero no se sabe si por el cielo ó por la tierra: y así, no hay en su pincel, ni sublimidad de amor, ni santidad de sentimiento. En pintura, Eustaquio Lesueur es el que ha sabido expresar con mas verdad y filosofía religiosa el carácter de Magdalena en el *Descendimiento de la cruz*, en el *Noli me tangere*. ¡Que belleza incomparable en su cabeza! ¡qué dolor en sus ojos, hundidos por las lágrimas! ¡qué expresion de respeto y de augusta ternura en aquellos labios apretados contra los piés sangrientos del Salvador! En estatuaria, ¿quién no ha oido nombrar á Canova? ¿Ha nunca llorado el mármol con lágrimas mas amargas que las que cubren aquel bello semblante, macilento por las austeridades de la penitencia, y espiritualizado por un sentimiento de amor divino? ¿Qué hombre no se detiene enmudecido delante de aquella piedra que palpita, respira y vá á hablar? Y ¿quién osa turbar con una conversacion profana los pensamientos de una alma tan recojida, y la religion de tan inmenso duelo?

